

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



El robo á Papamoscas.

Eran las doce de la mañana; el calor arreciaba demasiado, y don Cenon revolvía su tronco de alcornoque, que se quemaba en la chimenea, después de haberse abrochado bien su capoton de pieles, cuando percibió que Papamoscas gritaba desaforado por la escalera: Ladrones! Ladrones! No hay un agente de seguridad que me favorezca! Levantóse D. Cenon todo trémulo para auxiliar á su sobrino, cuando éste se presentó en la puerta del aposento, con toda la cara negra como el azabache, á escepcion de una lista que le cogía desde el centro de la frente hasta la barba. Es de advertir, que entre las varias cosas que había ido á comprar para su tío, una era cuatro cuartos de polvos de zapale-ro, que habiéndolos puesto en la gorra y destapádose el cucurucho, le habian corrido por la frente, donde amasados con el sudor formaban una especie de barniz que cubría su cara en los términos que ya hemos dicho. Le habian cortado además el faldon derecho del frac, y en su lugar colgaba el faldon trasero de la camisa, que se deslizaba por un giron de los pantalones. Papamoscas al ver á su tío se abalanzó á su cuello gritando á toda prisa: Nos han robado, tío mio! Nos han robado! Atónito D. Cenon estrechaba á su sobrino, el cual arrimando su cara á la del tío le comunicó el jugo que corría por sus mejillas, en términos

que todo el lado derecho de la cara de D. Cenon quedó pintado de un negro muy intenso y de una manera tan simétrica que dividía su cara en dos partes iguales, á lo largo de la nariz. El aturdimiento que reinaba entre ambos era tal, que no les dejaba percibir este acontecimiento, capaz de escitar la risa del dómíne mas circunspecto. D. Cenon queria interrogar á Papamoscas, pero se le agoipaban las palabras sin poder expresar ninguna, porque acometido de un hipo que le acosa en los accesos de furor ó de alegría, se hallaba tan embarazado que solo podia hablar por monosílabos. Poco faltó para que le diera una pataleña y hubiera que andar con los cristos al hombro; pero gracias á los auxilios de Papamoscas, que le hizo tomar dos buenas jicaras de aceite crudo, adquirió de nuevo el uso de la palabra, y los ánimos volvieron al estado normal, despues de hora y media de agitacion.

Renacida la calma se observaron mutuamente, y no pudieron menos de tributar una risotada al contemplar sus caricaturas. Entonces D. Cenon, con ánimo sereno, pidió á Papamoscas explicacion de aquel acontecimiento.

—Es el caso, tío de mi vida, que habiendo ido como V. me mandó á cambiar aquel billete del banco, con que pagaron á V. las tres fajas elásticas y el estero de casa del marqués, y que no sé por qué V. lo recibió, sabiendo que en el día un billete del Banco asusta mas que un toro salamanquino....

—Lo recibí, sobrino, porque como no ignoras nos apuraban las circunstancias y no habíamos de estar sin comer; el marqués se cerró en banda, y no habia otro remedio que, ó tomar el billete, ó no cobrar un cuarto hasta que Dios viniera á juzgar vivos y muertos, que creo será el día en que se ponga término á ese latrocinio escandaloso, en que tanto medran unos, mientras otros se quedan sin camisa.

—¿Con que es decir, tío mío, que todo el que tiene billetes, ó paga con ellos lo que necesita ó no paga un cuarto?

—Eso, Serapio, es únicamente con respecto á los ricos, porque los pobres, como sus pagos son siempre en cantidades pequeñas, se ven precisados á cambiar con la escandalosa pérdida de 10, 12 ó 15 por 100, segun acomoda ajustarse la ganancia á los señores cambistas, sin que en esto haya mas cortapisa que su voluntad.

—Caramba, tío, qué cueros son los señores ricos! Con qué maña saben echar el mochuelo á los pobres, sin perder ellos ni una pluma.

—No es eso lo mas escandaloso, Serapio, sino que muchos de ellos toman á renglon seguido en cambio los mismos billetes que han dado, con el horrible descuento que te acabo de decir, por cuyo sencillo medio en muy breves dias, doblan, triplican ó enadruptican su capital.

—Vea V. qué inocentes! Sabe V. que son unas palomitas sin hiel? Y dígame V., tío Cenon, no cabrian en la Plaza Mayor cuatrocientas ó quinientas horcas para hacer bailar las habas verdes á los que tan secos y estrujados quieren dejar á los pobres, que con tantos afanes adquieren un pedazo de pan para sus hijos?

—Sobrino, todo te lo perdonaré menos el que seas sanguinario: los cadalsos deben ser únicamente para los malhechores.

—Pues si llama V. buenos hechos los que me acaba de referir, digo que es V. un zote y un zambombo.

—Serapio!

—Pues si es verdad tío; yo no encuentro otra diferencia entre esos agiotistas y aquel Balseiro de feliz memoria y otros muchos de su jaez, que la de egercer la profesion de un modo mas señorito, es decir, vestidos con bata y entre cortinages y sillas de damasco; y qué quiere

V. que le diga, á mí me parece que á todos los que se ocupan en esos entretenimientos tan inocentes, manteniendo á la poblacion en el conflicto en que hoy se encuentra, les vendria un corbatin de hierro mejor que un par de velas al beato Caracciolo.

—Serapio! Te repito que no seas sanguinario, ni añadas á la brutalidad que te acompaña, un corazon cruel, porque en ese caso te alaré á un pesebre, que es el sitio que mejor conviene á tus instintos, y allí vivirás como las fieras del Retiro. No me gusta tanta dosis de barbaridad, lo sabes? Ademas, tus quejas no son del todo justas, porque no todos los ricos que tienen billetes del Banco obran del mismo modo; hay muchísimos que sufren con resignacion la pérdida, cambiando sus billetes para satisfacer en moneda corriente á los operarios cuanto les pertenece.

—En eso ya estoy; que no soy tan bestia como V.... quiere suponer. Bien sé que hay ricos tan buenos como la misma honradez, así como tambien hay pobres bien perversos; pero yo no acrimino á los primeros, ni defendiendo á los últimos, si no que quisiera justicia seca, y que nadie se fuera con ella al otro mundo, pues es un solemne disparate consolarse con la idea de que los malos sufrirán el castigo haciéndose chicharones en la otra vida.

—Todo eso está bien, sobrino; pero el asunto principal se marchó por los cerros de Ubeda.

—Pues si V. no me deja nunca continuar dos palabras seguidas. Desengáñese V., tío, que tiene el órgano de la estorbabilidad muy desarrollado.

—Serapio, no seas insolente, y continúa tu narracion.»

—Pues como iba á V. diciendo, tío Cenon, cuando salí de aquí á cambiar el billete para comprar todas las frioleras que nos hacian falta, me dirigí al Banco por ver si podia verificar el cambio sin pérdida; mas despues de haber sufrido mil empujones y dieterios, que todos tributaban á mi escuálida figura, me dieron por fin un número, que segun la altura que representaba, no me tocaba cobrar en mas de seis ó siete años; pero como á mí me consta que V. no se quiere pasar todo ese tiempo sin comer, no pude por menos de ir á casa de D. Jubilon, su amigo de V., que tuvo la bondad de cambiarme el billete sin mas interés que el 14 por 100, haciendo en esto un sacrificio en obsequio de V., porque segun me dijo solo se quedaba con 14 rs. en dinero.

—Qué infamia, Serapio!

—Eso es para que V. se conduela, tío mío, de esos tiburones. Así que atrapé los *monises*, hice todas mis compras, y me puse el dinero sobrante en el bolsillo del frac; pero juzgue V. cuál sería mi conflicto al echar mano y hallarme sin el dinero y un faldon menos, en la única prenda que tengo para presentarme delante de las gentes!

—En cuanto al faldon, Serapio, no debes afligirte mucho, porque mal y con ello se le añadirá otro, aunque sea con aquellas cañas de las botas viejas que estan en mi alcoba; pero lo que no podremos remediar tan fácilmente será la falta de nuestro dinero, que temo nos ha de poner á parir.

—Pero esto no clama al cielo, tío de mi alma? Yo admiro el cómo se componen para robar de este modo, cuando tanto cuidado lleva uno con las cosas.

—Lo que debiera admirarte Serapito, es el cómo podemos tener calma en el cuerpo, á pesar de todos nuestros cuidados, atendiendo á la innumerable plaga de ladrones que nos rodea bajo distintos disfraces, y que la sociedad culta abraza en su seno sin decir esta boca es mía. Si es-

tuviéramos despacio en este momento, te haria conocer toda esa canalla por sus diferentes categorías y disfraces, y verias que los que te han cortado el saldon son niños recién nacidos al lado de aquellos cuya pintura te dejaria con la boca abierta, como acostumbras cuando papas las moscas.

—Pues acoto esa explicacion para el primer dia que estemos desocupados, porque siempre es bueno saber de qué pie coge cada prógimo.

—Yo te lo prometo, sobrino: mas ahora tráete la tinaja del agua, para echar en remojo nuestras cabezas, que creo ni aun esto ha de bastar para que vuelva nuestra tez á su natural colorido.

Papamoscas hizo lo que su tio le ordenaba y dejaron la continuacion de su asunto para otro dia.

El Papamoscas adquiere noticias.

«Y bien, sobrino mio, ¿qué tal te ha ido por esas calles de Dios? Esta fue la pregunta que dirigió D. Cenon á Serapio apenas le vió entrar en su aposento.

—Perfectamente, tio: he sabido una cosa que me ha dado en qué pensar sobremanera, y que vengo á poner en su noticia por si su merced puede darme algunas aclaraciones sobre ello. He sabido que el excelentísimo Sr. D. Luis José Sartorius, ministro de la Gobernacion de la Península, no tiene costurera.

—Cuidado! cuidado! Serapio, no empieces á disparatar: vete despacio con los escelencias de poltrona, y no olvides lo que te he encargado.

—Me parece, D. Cenon, que decir que un ministro no tiene costurera no es decir nada..... que

—Vamos, continúa.

—Pues señor, digo que S. E. tiene los bolsillos de sus trages descosidos, y digo tambien que no tiene costurera, porque á tenerla, claro está que repasaría la ropa y se los cosería.

—¿A dónde vas á parar, sobrino, con esas reticencias?

—Digo que S. E. tiene los bolsillos descosidos, porque en ellos suele ponerse las solicitudes, instancias y otros documentos que se le entregan fuera de su despacho, y cuando no se acuerda despues de darles giro, es consiguiente que tiene los bolsillos rotos, y que por los agujeros se le salen y pierden todos los papeles.

—Serapio! por la centésima vez te advierto que no me toques á los ministros, porque hablando de ellos has de rozarte precisamente con la política, y ya te he dicho que eso es para nosotros un sagrado.

—Dios me libre de semejante pensamiento, respetable tio: me refiero á un asunto puramente administrativo que maldito si influye nada en la marcha..... es decir..... en el orden.....

—Con tiento, hijo mio, con tiento..... vamos al grano.

—Pues señor, el grano, que no es de anís, se reduce á que el dia 15 de Octubre del año anterior, á las cuatro y media de la tarde, un *quidam* se presentó en la secretaría de Estado, lugar en que á la sazón se hallaba S. E. el Sr. ministro de la Gobernacion en compañía de otro escelencia que era el Sr. conde de Vista-hermosa, y puso en manos del primero una carta autógrafa de la reina doña Isabel II dirigida al expresado Excmo. Sr. ministro de la Gobernacion, en la cual S. M. se dignaba recomendarle al *quidam* muy particularmente, designándole al mismo tiempo el sueldo con que QUERIA fuese colocado en Madrid.

—Y así sucedería sin duda alguna.

—Verá V.: el ministro despidió al preteniente, previniéndole que á la siguiente semana pasase por su secretaría, á fin de hablar sobre el asunto, y que quedasen satisfechos los deseos de S. M.

—Vea, mostrenco, que habia adivinado lo que no podia menos de suceder?

—Aun queda el rabo por desollar: el *quidam* concurrió al ministerio de la Gobernacion el dia señalado, y no pudo obtener la entrevista con S. E.; pero volvió al siguiente dia.... y al otro, y despues al otro; y en fin, estuvo yendo un mes entero, y por último alcanzó....

—Ver á S. E.?

—No señor; romper un par de botas inútilmente.

—Eso es imposible; el ministro no sabria que el recomendado de S. M. iba á buscarle.

—Pues no que no: mas de diez esquelas de recuerdo y anuncio le fueron entregadas por medio del portero mayor de la secretaría.

—Y al fin, qué resultó?

—Que el interesado, aburrido del mal éxito de sus diligencias, abandonó el negocio, y estamos á 3 de Junio, y aun se halla *per istam sanctam unionem*.

—Me das en qué pensar, Serapio amigo: dime, ¿y si el destino que S. M. proponia se hallaba ocupado por casualidad, y el ministro no queriendo perjudicar á nadie....?

—Nada de eso, la reina no señalaba destino alguno.

—En ese caso, no comprendo las causas....

—Pues yo sí: que los bolsillos del Sr. Sartorius se hallan rotos, y que la carta de la reina debió sufrir la misma suerte que tantos otros papeles que se dan extra-despacho, como si dijéramos; es decir, que se escurrió por las aberturas y se perdió miserablemente; solo de este modo pudo S. E. olvidar la recomendacion, porque en otro caso, ¿quién se habia de figurar que un ministro tan galante se atreviese á desairar nada menos que á la reina, cuando todos los dias atiende las recomendaciones y encargos de personas que.... en fin.... no valen.... pues....

—Serapio! Nada tiene de particular que olvide un solo asunto el hombre que tantos tiene á su cargo: cesemos, pues, en esta conversacion, y vamos á otra cosa.

—Permítame V., Sr. D. Cenon: ahora que hablamos de ministros, quiero hacer á V. una pregunta: ¿con qué objeto da la nacion un carruaje á cada excelencia de postrona?

—Con el de que se sirvan de él para todos los actos del servicio; me explicaré: para que los lleven, y los traigan, y los conduzcan, y los ariastren; y en fin, para que vayan en ellos á despachar los negocios del público servicio.

—Eso mismo me habia yo figurado; pero ahora creo que estaba en un error, y que los ministros deben tener facultades para destinar los carruajes que la nacion les pasa, á todos los usos y diligencias que les convengan.

—No, Serapio; pareceme que ninguno abusará de las cuatro ruedas que le están encomendadas.

—Pues á mí me parece lo contrario: yo mismo he visto con estos ojos, que se han de comer la tierra, al Sr. ministro de la Guerra, que sabe V. se llama D. Francisco de Paula Figueras y que vive en la calle de Carretas, llegar á su casa por la tarde, apearse del coche y á poco rato entrar en él las señoras y marcharse á pasear al Prado.

—No lo creo, Serapio.

—Pues yo sí, porque lo he visto... pero calle V...! A no ser que las señoras fueran también á asuntos del servicio...!

—Papamoscas! Basta de necesidades! Si en ello hay abuso, es ciertamente muy perdonable, por ser efecto de la galantería española: con que olvida tan ridículas pequeñeces y vete á descansar, que ya estoy hastiado de oírte.

—Lléveme el diablo, mancseado fiel de fechos, si vuelvo otra vez á observar nada de lo que ocurra por esas calles: ¿Pues acaso al referir á V. lo que he visto con detenimiento, hago otra cosa que cumplir el encargo que V. mismo me encomendó?

—Ya lo sé, inocente murciélago del Paular; pero á aquello debo añadir ahora, que esa orden no es estensiva á todo lo que veas por ahí de merquino y ordinario, sino á lo que merezca llamar la atención. Con que estas? Márchate y hasta despues.

El Papamoscas se metió en su pequeña habitacion y se puso á escribir una carta que á su tiempo verán nuestros lectores.

Cancion del Papamoscas.

Sentado al amor de la lumbre se hallaba ayer D. Cenon en su aposento, delante de una gran chimenea en que ardía un grueso tronco de alcornoque, cuando se presentó ante sus ojos su sobrino Serapio.

Menester es, antes de dar á conocer á nuestros lectores la conversacion que medió entre ellos, hacer una advertencia referente á la rareza de D. Cenon de calentarse en estos dias en que la calor se vá desarrollando notablemente.

Hemos dicho en otro lugar que el célebre hijo de Cirolillos es tan extraño en su figura como en sus ideas, y esta verdad se halla apoyada por sus costumbres contrarias á las de todo vicho viviente. Desde el 15 de Mayo hasta igual dia de Noviembre de todos los años, abriga D. Cenon la manía de tener encendida la chimenea y de estar sentado junto á ella perennemente: usa capa entretelada en el verano y batas con pieles de elefante y cinco pellejos de liebre sobre el pecho: estos bártulos desaparecen el 15 de Noviembre y luego vemos á D. Cenon empezar sus baños en que continúa todo el invierno, sin otra ropa que un pantalon de raso liso y una levita de estopilla.

Con esta leve digresion pasaremos ahora á oír el diálogo que se entabló entre tio y sobrino, apenas entró éste en el aposento.

—Buenas noches, único tio de mi alma.

—Adios, Sr. Serapio ¿qué hay de novedades?

—Ningunas nuevas que comunicarle pueda: hoy me hallaba algo indispuerto de las nalgas, por lo cual determiné no salir á correr el mundo; pero en lugar de noticias traigo á V. y le presento una cancion que he escrito á fin de que la ponga en música y la cantemos á *segundeto* si á V. le parece.

—¿Qué es eso de segundeto, Serapio? A duo querrás decir.

—No señor: me ratifico en lo dicho: yo creo y he creído siempre, que cuando dos personas cantan, componen un segundeto, así como cuando cantan tres, cuatro, cinco, seis, siete, etc., componen un terceto, cuarteto, quinteto, sesteto, sieteteto, etc.

—¿Bárbaro eres por demas, querido Serapio!

—Nada tiene eso de particular, carísimo tio: al lado de V. se aprenden tantas cosas....

—En fin, hayas pensado como quieras hasta aquí, de hoy mas te advierto que eso se llama duo entre dos, y así deberemos cantar la cancion que has compuesto, la cual se me figura no hará mucho furor en la corte.

Don Cenon tomó el manuscrito de manos de Serapio y empezó á leerlo pausadamente: su contenido no debia de hacerle buen efecto, porque de cuando en cuando arqueaba las cejas ó sacaba el hocico en muestra de desabrimiento. Así que hubo concluido, se dirigió á su sobrino, diciéndole:

—Algunas necedades he encontrado en estas coplas, querido mio: sin embargo, como tuyas pueden pasar, pues todo el mundo sabe que tienes mas de torpe que de entendido, así es que me resuelvo á ponerlas en música; pero quítate de mi vista, á fin de salir airoso con mi empeño, pues estando tú presente no daria pie con bola: vete á la cueva para que estés mas lejos de mí, que ya te avisaré cuando haya concluido.

Solo en su gabinete el respetable sacamuelas, empezó á dar vueltas al *do-re-mi-fa-sol* como un loco desatinado; pero amaneció el día siguiente, y aun el buen señor no habia podido aplicar una nota á la cancion, por lo cual, aburrido ya, se decidió á echar mano de cualquier cosa: á la parte que debia cantar una sola voz, apropió la música de la *Atala*, y al estribillo el coro del himno de Riego. Satisfecho de su obra llamó á Serapio, y habiéndole advertido sus deberes, entonó la primera copla de la cancion, á la que el Papamoscas habia titulado

LOS BANDOS DEL CORREGIDOR.

Canta D. Cenon solo.

Hay aquí una autoridad
que el corregidor se llama,
y es hombre que goza fama
de grande severidad;
que acostumbra en sus edictos
antes del primer artículo,
con letra la mas mayor,
poner siempre *orden y mando*:

El tio y el sobrino á duo.

Y nadie obedece el bando
del señor corregidor.

El tio.

Que se quiten canalones
dice una vez, y cuidado
que el que falte á lo mandado
no habrá consideraciones:
y para hacerlo dió plazos
y aunque pasó al fin el término,
siguen á mas y mejor
los canalones triunfando.

Los dos.

Y nadie obedece el bando
del señor corregidor.

El tio.

Que no vayan á su antojo
los coches á la carrera,
y el que atropelle á cualquiera
que che el pellejo en remojo:
Y á pesar de los pesares
del señor excelentísimo,
van con ruido atronador
los coches atropellando.

Los dos.

Y nadie obedece el bando
del señor corregidor.

El tio.

Que un bozal ponga en tal plazo
á su perro cada cual,
y el que no lleve bozal
morirá de un morcillazo.
y aunque algunos al principio
pagaron por ser estúpidos,
los demás á su sabor
sin el freno van andando:

Los dos.

Y nadie obedece el bando
del señor corregidor.

El tío.

Que las cortinas se pongan
en las tiendas de manera
que dejen libre la acera,
porque al paso no se opongan:
Y aunque era buena medida

y en provecho del bien público,
aun siguen que es un primor
las cortinas molestando.

Los dos.

Y nadie obedece el bando
del señor corregidor.

Al llegar aquí eran tantos y tales los gritos que daba Papamoscas, que D. Cenón, tapándose los oídos con ambas manos, le dijo:

«Calla, calla! y no cantes mas por tu vida, hijo de quince mil demonios; ¿á dónde vas á parar con esos graznidos: eres el becerro mas perfecto que darse puede.

—Pero, señor, si no sé cómo cantar la cancion: una de dos, pariente mio: ó los versos son cortos, ó la música tiene dos varas mas de lo que es menester.

—Que es decirme, mozalv. te imberbe, que la música es larga? qué entiendes tú de eso? ¿No me oyes á mí cuán lindamente desempeño la parte que me toca?

—Pues á mí se me figura que no se puede hacer peor.

—Eso es otra cosa; pero yo te aseguro que el violinista de Cirolillos, que es hombre que lleva setenta años de escuela, no hubiera compuesto una música mas adecuada á las circunstancias, método y formas de tu cancion: dí mas bien que la letra es horrorosamente mala, que no tiene sínéresis, y habrémos acabado la reyerta.

—Por concluida, hermano de mis padres: voime á recorrer esas calles, y hasta la noche.»

Papamoscas salió de la sala, y D. Cenón, acomodándose lo mejor que pudo en su asiento, se dispuso á conciliar el sueño que habia perdido en la noche anterior.

ANUNCIOS.

Industria. Doña Norber-
ta Murga, que ha merecido gran aceptación en esta corte por su habilidad y delicadeza en limpiar la dentadura y poner dientes artificiales, dejando muy satisfechas á cuantas personas se han valido de ella para este objeto, ofrece su habitación en la calle de los Leones, núm. 11, cuarto segundo.

Nota. Se ha hecho una rebaja en los dientes; su precio es de 20 rs.; igual cantidad por limpiar la dentadura. Tiene tambien un eficaz remedio para el dolor de muelas, otro para asegurar las que se mueven, y cajas de polvos para limpiar y conservar la dentadura despues de quitado el sarro, á 4 rs. cada una.

Un oficial de confitero,
con estensos conocimientos en este ramo y en los de pastelería, repostería y

refrescos de todas clases, de suma honradez y con personas que le garanticen, desea colocarse en cualquier establecimiento de esta corte ó en casa de algun título. Las personas que quieran hacer prueba de su mucha habilidad y utilizar sus servicios, se servirán dejar aviso en la redaccion de este periódico.

Cuentos, mentiras y exageraciones andaluzas, escritos en verso por D. Ramon Franquelo. Estando ya para concluirse la primera edicion de esta obra, cuya extraordinaria aceptación ha parecido fabulosa, se anuncia al público que los ejemplares que quedan se venden en la calle de la Gorguera, núm. 7, librería, al precio de 20 reales rústica y 26 lujosamente encuadernados. Son dos tomos con hermosas láminas y porton de grabados intercalados en el texto.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6.—Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodriguez, calle de Carretas, núm. 4; y alinacen de música de Carrara, calle del Príncipe, núm. 13.

Madrid.—Imprenta de J. M. Ducazeal, plaza de Isabel II, núm. 6.—1848.